

Agia 1^a pta inferior

HUMILDAD

No 97

POR

GABRIEL BALERIOLA



MURCIA

Tip. Las Provincias de Levante

Crédito Público, 1

1900

URCIA

RTVA PUNAS



2387973

*Este humilde libro nace á la
luz pública sin prólogo ni padrinaz-
gos, y está escrito para los que ambi-
cionan y no se resignan.*

El Autor.

I

Oídme, Dios mio. Los sacrificios de mi buena madre hicieronme médico; pero no sé curar.

Estudié en el cuerpo humano la obra maravillosa de tu infinita omnipotencia. ¡Qué máquina tan acabada y tan perfecta!

La sangre circula en tenue red venosa impulsada por el corazón; los pulmones aspiran de la atmósfera el oxígeno que vivifica; los nervios conducen la sensación; los músculos mueven; los ojos son el más selecto aparato de la visualidad; órga-

nos que hablan y cantan, que oyen, que absorven y que eliminan, conjunto, en fin, de tu sabiduría indecible.

Nadie puede comprender ni mejorar esa obra, superior á la inteligencia humana.

Señor: dame tu gracia para curar los enfermos; yo sufro mucho cuando los veo perecer entre las lágrimas y la aflicción de los seres amados; quiero salvarlos de trance tan terrible; quiero llevar á las familias ese consuelo tan dulce, convirtiendo la agonía en resurrección.

Yo te ofrezco, Dios mio, no explotar ese don preciosísimo para enriquecerme. Te lo pido solo para hacer el bien, ya que tu ley lo manda y yo la acato con el fervor del creyente.

Descienda sobre mí un reflejo de tu divina magestad, para librar de la muerte á esos seres humanos que luchan con supremas ánsias por la vida que de tí recibieron.

Yo veo á la madre expirante, al niño inocente, á la esposa desolada, al padre afligido, al hijo inconsolable que me piden el remedio contra la enfermedad que mata y el dolor que atormenta. ¿Por qué no me has de dar tu poder infinito para consolar tantas amarguras?

Tú quieres la caridad entre los seres humanos, y ya ves, Señor, que yo también la quiero para ejercerla con los mortales en las más hondas aflicciones.

Perdóname, Dios mío. Tú mandas hacer el bien y no das medios á tus criaturas para practicarlo. Tú que

todo lo puedes, tú que riges los mundos ¿por qué no has de conceder á este pobre médico el don que te pide para curar sus enfermos?

Ya ves, Señor, que te lo suplico con todo el fervor de mi espíritu, movido del sentimiento piadoso que palpita en tu infinita misericordia.

Quitadme la vida mísera, si yo no puedo darla á los que mueren. Sufro muchísimo; mi alma está abrasada por este santo anhelo, por esta noble ambición que me atormenta y desespera.

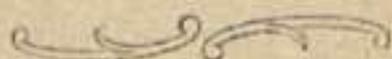
Tened piedad de mi: vivo abrasado por ese sentimiento de caridad hácia los mortales: quiero llevar la felicidad á tantos hogares afligidos por la muerte, y tú, Señor, tú no me lo concedes.

Dios mio; siquiera para que los

incrédulos que tanto te ofenden, se rindan á tu magestad, concededme ese don milagroso: yo lo repartiré entre los que mueren, y recibirán la vida invocando el nombre augusto del Creador.

Tú eres bueno, tú eres justo, tú eres misericordioso; si no me otorgas la gracia que te pido, será porque tu omnipotencia divina — perdonadme, Señor, — tiene un límite horrible para tu misma divinidad; el egoismo de un Dios que niega á sus criaturas las facultades de que necesitan para la práctica del bien.

Aquí me tienes, Señor, postrado ante el trono resplandeciente de tu inmenso poderío: espero.



II

Gracias, Dios mío: ya curan mis enfermos.

Me habeis concedido vuestro poder para que yo haga estos milagros y lleve la felicidad á muchos hogares.

Ayer mismo, moría un niño de tres años, en los brazos de su amantísima madre. Era precioso, angelical: su agonía terrible inundaba de aflicción todo su hogar. Aquél cuadro fué espantoso. La infeliz criatura tenía en su semblante la imágen

aterradora de la muerte: sus ojos despedían los últimos reflejos de la vida.

¡Con qué placer recibieron los padres angustiadísimos la dicha que perdían!

Después, una madre moribunda, despedíase de sus seis pequeñuelos. ¡Qué sollozos tan amargos! La separación eterna de los seres que más se aman, es un trance terrible.

La escena de infinita tristeza la transformé yo en suprema alegría. Curó la madre y hoy abraza á sus hijos con un amor delirante.

¡Qué dicha tan grande me has concedido, Dios mío!

Por el pueblo se ha extendido rápidamente el éxito de mis curaciones.

Todos están asombrados; mis

compañeros no se explican como yo curo lo incurable.

No hay satisfacción tan grande como la de hacer bien: yo lo ambicionaba, Señor, por cumplir tu ley que nos impone la caridad y el amor.

Mi dicha es tan grande, que después de tan fuertes emociones de alegría, no puedo conciliar el sueño.

Es media noche y asomado al balcón de mi alcoba, contemplo los cielos y admiro tu inmenso poder.

Dentro de mi cuerpo de barro, no cabe la pequeña parte de tu divina omnipotencia que me has concedido: el alma se me escapa y se eleva allá muy lejos, muy lejos: penetra en las inmensas profundidades del universo y admira mundos y mundos regidos por tu soberana voluntad.

Los mortales, Señor, no pueden darse cuenta de tu infinito poderío: para ti no hay tiempo porque eres infinito; no hay oscuridad porque todo lo ves con los esplendorosos fulgores de tu sabiduría; toda la luz, toda la vida, toda la fuerza universal, brotan de tus potencias inacabables.

Mi gratitud será tan eterna como mi espíritu; estoy inundado de placer.

Creo, Señor, que con tu gracia me has concedido entre los hombres un poder sobrenatural.

Pronto se extenderá mi fama por el mundo y me buscarán los poderosos y hasta los Reyes, para que cuide de sus vidas, y seré adorado por todos los mortales.

No habrá nadie que se iguale á

mi, pobre médico ayer, hoy dueño de los que rigen y gobiernan las naciones.

Pienso en que todo es ya mío: que poseo todas las riquezas, que dispongo de todas las voluntades, que se han convertido en mis siervos, los potentados de la tierra.

¿Quién, por conservar su vida, no se someterá á mi voluntad?

Cuánto gozará mi pobre madre! Ella no puede ya morir, teniendo yo poder invencible para curarla, y su dicha será inmensa contemplándome sobre todos los hombres.

¡Qué buenas son las madres!

Quiero dormir y no puedo; mi cerebro estalla porque de él surgen las más tremendas ideas.

¡Cuánta gente estará muriendo sin que yo acuda á curarla! ¡Cuánta fe-

licidad podría llevar á los hogares, si tuviera la debida diligencia!

Ya lo veo, Señor; pedí á tu omnipotencia un don milagroso para hacer el bien y cuido mejor de recrearme en mi ambición satisfecha que de curar á los que sufren y necesitan de mi auxilio.

Sé que no muy lejos de aquí, está expirante un padre de familia y no acudo á librarle de la muerte.

No me han llamado, no; le visita un compañero y quizás deba respetarlo. No: el bien está sobre toda consideración humana: voy.



III

Mi fama crece: desde hace dos semanas nadie ha muerto en el pueblo.

Por todas partes se extiende el asombro: mis colegas son los primeros que me atribuyen una ciencia milagrosa.

Hoy marcharé á dar la salud á un potentado.

Han venido por mi aparatosa-mente y me llevan con lujo: pronto gozaré de renombre universal.

Cada momento te estoy más agradecido, Dios mío.

El hombre siente siempre la ambición de que los demás le adoren, reconociéndole superioridad. Esa es su principal lucha durante toda la vida.

Yo dispongo ya de todo un pueblo: mañana dispondré del mundo y se rendirán á mi presencia los magnates de la tierra.

Tengo en mis manos, lo que más ama la humanidad: la vida.

Con este poder inmenso, mi voluntad será acatada.

Ayer me daba un padre toda su fortuna por salvar la vida de su hijo: las familias á quienes he favorecido, me reverencian.

Tengo, sin embargo, un pesar, que amarga esta inmensa alegría.

Mi buena madre, la santa mujer á quien más amo en el mundo, no

participa de mis entusiasmos: lejos de gozar conmigo en mis ruidosos éxitos, se entristece.

Quiero convencerla de mi poderío y dice: Dios puede castigarte.

Las madres tienen un instinto penetrante: estoy preocupado.

También el cariño las ciega y no ven: nada enturbia tanto los ojos del alma como la pasión por los hijos.

¿Qué más podía yo desear que el don precioso que he pedido á Dios y que me ha otorgado?

Ya no tengo enemigos: son hoy mis siervos: Creo que todo lo poseo: honores, riquezas, agasajos, placeres, cuanto pueda imaginarse y apetecerse.

Mi alma está tranquila porque mi superioridad la alcanzó practi-

cando el bien, dando la vida al que muere y la felicidad á las familias que padecen.

César fué grande por los extragos de la guerra: yo soy más grande que César, y más humano y más piadoso.

Junto al lecho del que expira hay tristeza y duelo, y yo llevo la alegría y la vida.

Nada tan halagador para el hombre, como egercer estas funciones de Dios.

No me explico que tantos mortales vivan resignados en la obscuridad.

La ambición es el móvil más poderoso y más vivo del espíritu; ella ha realizado los hechos brillantes de la historia, los monumentos notables, las obras inmortales y los

acontecimientos de mayor resonancia.

Sin la ambición no esculpe Fidias, ni pinta Miguel Angel, ni Colón navega, ni escribe Cervantes ni lleva sus ejércitos á la victoria Napoleón el grande.

Ambicionar es revelación de superioridad.

Yo mismo, con el poder que hoy tengo, pienso en dominar el mundo. Dios me lo habrá concedido por algo: soy el único en la tierra que goza del más extraordinario privilegio á que pueden aspirar los hombres.

Pero en donde brota una inmensa alegría, puede surgir tambien un pensar inmenso.

¡Cuántos estarán expirantes teniendo yo la facultad de curarlos!

¡Cuántos hogares estarán inundados de aflicción sin recibir la felicidad que yo puedo darles!

Dios mio, tened piedad de mí.



IV

Regresé de mi viaje y me aguardaban en casa para llevar la salud á otros enfermos. En pocos dias mi nombre ha resonado por toda la nación.

Los periódicos me dedican elogios calurosos y he recibido cartas de eminencias médicas que desean el honor de conocerme.

He sentido en pocos dias inmensas satisfacciones y extraordinarios agasajos; pero algo, para mí desconocido, ha transformado mi existencia: he visto una mujer, cuyo re-

cuerdo me abruma; creo que el amor me llama y me subyuga.

No la puedo olvidar ni un momento y parece que la veo siempre.

Se llama Maria. ¡Qué nombre tan hermoso! Estaba en casa del enfermo á quien curé en mi último viaje y su sola presencia me cautivó.

Es rubia, alta, esbelta, blanca como la nieve, de ojos azules, sencilla, elegante, distinguida: habla como un angel y calla con singular discreción.

Hirióme su hermosura de súbito como un rayo que deslumbra y ciega: jamás he experimentado una emoción tan intensa.

¿Quién es esta mujer?

Pude averiguar que es una amiga de la casa y que vive en el campo; había venido con su padre, tipo

de gran austeridad, á visitar al enfermo.

La miré, diciéndola con los ojos, que estaba rendido á su belleza sin par y creí observar en su mirada una indiferencia suprema, que penetró en mi corazón como un agudo puñal.

Aquel desdén encendió más el fuego de mi ardientísima pasión.

El espíritu recibe impresiones indecibles, cuando surge un amor que avasalla; no sé si esta gran pasión alumbra las almas ó las abrasa.

Estoy enloquecido por aquella mujer: será mía porque la amo.

¿Quién resistirá mi firme voluntad de poseerla?

Soy casi un Dios: tengo un poder que me hace dueño del mundo; dispongo de todas las riquezas y hono-

res; la juventud y el porvenir me acompañan, Maria será para mí y lograré ser el más feliz de los hombres.

Quiero verla pronto y hablarla; ella tiene mi vida, mi felicidad, mi ventura.

Nada me satisface sin esa deidad; ¿por qué se habrá aparecido en mi camino?

¡Ah! ¡ya comprendo! La dueña de mi corazón y de mi alma no podía ser una mujer vulgar. Dios, que me ha favorecido tanto, quiere darme una compañera digna de mi fama universal.

Recuerdo que la hablé conmovido y tembloroso: me contestó friamente; pero el fuego derrite el hielo; triunfaré en la lucha.

Aquella indiferencia me ha pa-

recido el frío precursor de una reaccion intensísima.

La pasión se enciende con el desden. Siempre sucede lo mismo. Amor contrariado, es amor que enloquece, porque los espíritus, como los cuerpos que se oprimen, tienen más fuerza expansiva.

La veré pronto: fácilmente he de averiguar donde podré conversar con ella.

Me esplico ahora que el amor mueva los mundos y las almas.

¡Qué maravillas las del amor! Se dá todo á la mujer amada y aun parece poco.



¡Qué egoista es la humanidad!
¡No me dejan vivir!

Día y noche acuden sin cesar en mi busca. Los que están en trance de muerte me envían sus seres más queridos, sus deudos, sus amigos, y entre todos no me dejan un momento de reposo.

¡Qué situación más triste! Poseer una facultad sobrenatural, para vivir sin tranquilidad!

Mi casa está siempre llena de gente, que me reclama con la ansiedad del que quiere llevar la vida al ser amado que la pierde; los unos me

ofrecen riquezas, los otros desesperados me amenazan; casi todos lloran y suplican, y yo no tengo tiempo material para acudir á curar tantos enfermos.

Há tres días que no he reposado un instante: estoy rendido y apenado.

Muchos han muerto porque no he podido verles y aplicarles el don precioso que Dios me concedió.

Sus familias me aborrecen y me maldicen y me hacen responsable de su inmensa desgracia.

Vivo ya refugiado en esta habitación oculta, donde me escondo para descansar unos momentos; y sé que me reclaman con ansiedad, que me aguardan con indecible anhelo, que una multitud me espera: soy el médico que cura.

Los éxitos que yo apetecía, han aumentado mi fama y esta me trae el gentío abrumador que implora mis inapreciables servicios.

Los periódicos han divulgado los prodigios de mis curaciones y de todas partes me buscan y me traen grandes riquezas y honores.

Ayer mismo tuve que marchar á donde me llevaban.

Me subieron á un carruaje y los caballos fustigados partieron al galope.

Una pobre madre, gritaba desolada:—Señor, por Dios; venid conmigo; estoy aquí esperando desde ayer; mi hijo muere!—y aquellos acentos tan doloridos penetraron en mi corazón como una saeta envenenada.

¡Pobre madre!

Tambien sufro yo, tambien vivo atormentado: el recuerdo de María, me persigue implacable: estoy enloquecido por aquella mujer.

Pronto iré á verla: ya sé donde vive: tiene padre y una hermanita.

Estoy decidido: mañana mismo lo abandono todo, todo; mis enfermos y mi madre, y la busco y me postro á sus pies y la pido su amor.

A través de las aficciones que sufre mi espíritu, la veo siempre, como una deidad de los cielos, que ha descendido para endulzar estas inmensas amarguras que sufro.

La amo con ceguedad; detesto la vida sin ella; quiero anegar mi espíritu en aquella dulce luz de sus ojos.

La pasión enciende todas las potencias del alma y me siento abrasado.

¿Amará á otro? No quiero pensar, porque esta duda es la más terrible de todas las que yo puedo imaginar.

Sí, muchos la amarán ¿quién la vé y no queda subyugado por aquella hermosura resplandeciente? Pero ella no ama á nadie; lo conocí en aquél acento sereno de su voz. Los que aman tiemblan y no pueden aparentar la fría indiferencia que yo observé en su delicadísima actitud.

Estoy decidido á saberlo todo y pronto; la incertidumbre es la desesperación.

María conocerá toda la grandeza de mi amor con solo oirme y mirarme, porque esta pasión tan impetuosa se revela en la mirada, en la palabra, en la espresión misma

del semblante, á donde acuden oleadas de sangre.

Mañana mismo, sí; mañana mismo la veré.

Me siento impulsado por una fuerza irresistible.

Todo lo aborrezco, para amarla más.

Repose mi agitado espíritu, sobre las indecibles dulzuras de su alma.



VI

Ayer la ví y la hablé. ¡Qué día de emociones!

Bien de mañana pude escapar de la gente que me persigue.

Salí á caballo hácia el campo, donde ella vive con su padre.

Pregunté por el camino y me dijeron que allá en la revuelta del río, estaba su casa.

Llegué hasta la puerta y allí la ví con su hermanita, bajo un árbol frondoso.

Quedé suspendido; no llevaba plan

para esta aventura decisiva de mi vida.

Parecióme María más hermosa: vestida con sencillez, resplandecía entre las galas de la naturaleza como una diosa de los campos.

La miré extasiado y ella interpuso entre nuestras miradas, sus blanquísimos y transparentes párpados, cerrando para mí las puertas del paraíso.

La situación era difícil: aquella indiferencia, heló mis entrañas.

Soy un caminante—la dije—que estoy rendido: tengo sed y os suplico albergue para descansar un momento.

María contestó con voz dulcísima:—entrad, caballero: allí está mi padre.

Y entré en aquella morada poé-

tica, humilde, en la que se respiraba una felicidad tranquila y apacible.

El padre de María, es un tipo simpático: la austeridad de su aspecto atrae; instintivamente me pareció uno de esos hombres buenos, entregados por temperamento á la verdad y al bien.

Me recibió afablemente.

Descansad--me dijo--esta es vuestra casa.

Algo extraordinario debió observar en mi semblante cuando cariñosamente exclamó: — tranquilizaos: más bien pareceis fugitivo que caminante.

Creí que estas palabras me daban pretexto para decirle el motivo de mi presencia en aquella casa y empecé por darme á conocer.

Soy el médico—repuse con orgullo—que dá la salud á los enfermos; me conoce ya el mundo.

—Sí, contestó el padre de María; sé quien sois: os ví en casa de un amigo á quien curásteis y además he leído en los periódicos vuestro justo renombre. Ahora reflexiono y me explico vuestra agitación; seguramente caminais á escape para dar la salud á quien os espera muriendo.

No—esclamé—no quiero, no puedo ocultaros esta pasión que me tiene enloquecido. Perdonadme: amo á vuestra hija con tal delirio, que temo no gozar ya de mi cabal juicio.

Surgió un diálogo vivo que me punzó el alma.

—Bien se conoce que estais loco!

—¡Tened piedad de mí!

—Es imposible ese amor. ¡Pobre hija mía!

—Yo os daré dos vidas: la mía y la vuestra, cuando esteis en trance de perderla.

—La que Dios me dió, la tengo siempre dispuesta para El: y la vuestra debeis consagrarla á curar los enfermos y no al amor de una mujer que os apartaría de esa misión tan piadosa.

—No pongais dique al ímpetu, que así será este más poderoso.

—Estais enfermo: curaos. Quiero para mi hija una vida reposada y dulce, sin las emociones terribles de las grandezas y de la ambición.

—La amo tanto que renunciaré á todo cuanto querais.

—Eso seria cruel, inhumano, imposible. Renunciar á la curación de

los enfermos que sufren, es tanto como matarlos, despreciando la rara facultad que Dios tuvo á bien concederos. Cumplid vuestra misión y amad al prógimo.

—No se resigna la desesperación y amo como un desesperado.

— Si tanto la amais, no intentéis hacerla desgraciada.

Todo fué inútil; ni súplicas, ni ruegos, ni amenazas: el padre de María es un hombre inflexible, sereno y firme como un creyente.

Me exhortó á que me despojara de mi pasión, consagrándome al consuelo de los que sufren.

Ansias de llanto turbaron mi espíritu; y en aquella morada donde creí encontrar la felicidad, se me apareció un negrísimo desengaño.

Tenía que regresar alguna vez.

El padre de María me ayudó á montar á caballo, comprendiendo, quizás, que estaba rendido á mi infortunio.

—Adiós—me dijo—reflexionad, moderaos, pensad en Dios.

No sabía como partir: estaba abrumado. Allá á lo lejos como deidad celeste veía á mi amada, que jugaba con su hermanita.

No sé quién aguijó mi caballo que salió al galope, levantando una nube de polvo; á través de esta ví á María como envuelta en una gasa dorada por el sol; y sin darme cuenta me encontré después á la puerta de mi casa, donde un inmenso gentío me aguardaba.



VII

La humanidad es implacable.

Tres días há que no duermo ni sosiego; me llevan de un punto á otro; me acosan.

Estoy rendido; no puedo más. El recuerdo de María vive y palpita en mí como una terrible pesadilla que no puedo desechar.

Vivo con mi madre y no he podido verla en diez días: esto es el vértigo.

Mi casa está llena de riquezas, de obsequios, de ricas dádivas. Me reclaman de todas partes; cartas, telegramas, comisiones, súplicas y la-

mentos, caen sobre mí en demanda de mis servicios.

Los enfermos anhelan la vida.

¡La vida! ¡qué inmenso problema!

La eternidad para los hombres sería un castigo terrible.

Ahora mismo oigo el rumor del gentío que se agolpa á las puertas de esta casa, pidiendo con ansiedad indecible que acuda á curar presuroso á los que están amenazados de muerte.

¡Cuántas angustias vienen á mí!

Me faltan las fuerzas físicas y los remordimientos me atormentan. Mueren muchos seres porque no acudo á curarlos ó porque llego tarde. ¡Esto es horroroso!

Ayer una madre se abrazó á mi cuello; me pedía la vida para el hijo de sus entrañas.

Hoy no sé lo que será de mí. De lejanas tierras me llaman: en todas partes soy necesario. Temo salir á la calle; van á destrozarme los que me vean marchar dejándolos sumidos en el mayor desconsuelo.

Parece, que en vez de curar, elijo á los que han de morir; está mi espíritu sujeto á torturas jamás sufridas por los hombres.

Cuando amanece, en vez de pensar en los que tengo que curar aquel día, me pregunto: ¿á cuantos dejaré morir hoy?

¿Para qué quiero las riquezas que se acumulan en mi casa? No las gozo; no puedo gozarlas.

Golpean en este momento hasta las puertas de mi habitación; la impaciencia impulsa las ánsias de los que me aguardan.

Lo mismo me sucede á mí con María, con aquella mujer, que reúne en sí todos los irresistibles atractivos de la belleza: anhelo que cure mi espíritu con su amor.

Allí, en aquel pintoresco paraje, vive tranquila y apacible, mientras yo padezco las amarguras de esta vida sin reposo y sin ventura.

Oigo voces; me llaman con supremos deseos; invocan hasta el nombre de Dios para que acuda pronto al llamamiento penosísimo de los que mueren.

Y tiemblo, tiemblo ante ese momento terrible de decidir á donde acudo. ¡Con qué tristeza quedan desconsolados, los que me ven marchar, llevándome la esperanza de su felicidad!

Así no puedo continuar por más tiempo.

Señor, me rindo á tu grandeza.

En mal hora te supliqué me concedieras el don precioso para hacer la dicha de los demás y la mía.

¿Por qué me lo concediste? ¿por qué has castigado mi ambición con tan inaudita crueldad?

¿No sabías que yo era un ignorante? ¿por qué atendiste aquellos ruegos que han sido mi perdición y mi desventura?

Yo podría vivir tranquilo, modesto y humilde con mi buena madre y con el amor de María.

Ahora estoy sumido en la más terrible de las desesperaciones.

He perdido para siempre el dulce reposo del hogar.

¿A dónde acudo en este verdade-

ro infierno de exigencias que me acometen?

¿A quiénes dejo morir y por qué, mientras á otros doy la vida?

El verdugo mata á los que por sus crímenes le entrega la ley; yo tengo que elegir mis víctimas. ¡Qué trance más duro!

Ya lo ves Dios mío; no tengo energías para arrostrar la situación aflic-tiva que me ha creado mi ambición.

¡Ten piedad de mí!



VIII

Estoy en el Palacio real.

El Rey cayó enfermo y me trajeron, con un boato pocas veces visto.

Se divulgó la noticia por todas partes y á las estaciones del ferrocarril salieron enfermos para que les diera la salud.

Nadie puede imaginar las emociones que sufrí en aquél viaje: el tren marchaba dejando en actitud suplicante á los que imploraban mi auxilio.

Tuve que salir de mi casa escoltado.

Una verdadera muchedumbre quedó desconsolada, reclamando mi asistencia para enfermos de todas partes.

Aquello fué un espectáculo imponente. A voz en grito, decían; vá á curar al Rey.

Y escuché terribles acentos de pro-texta que me infundieron un profundo pesar.

Acudieron á mi imaginación los seres expirantes que iban á morir y sus infortunadas familias que en vano me aguardaban.

La escolta me libró quizás de que me despedazaran.

Temo que atenten contra mi pobre madre.

Estas grandezas—me ha dicho muchas veces—serán nuestra ruina y perdición.

¡Cuánto recuerdo punzante acude á mi espíritu!

La imágen de María me persigue á todas partes; siempre la veo, dulce y sencilla, en estas indefinibles tribulaciones que siente mi espíritu.

No sé si estoy preso en este Palacio, donde me abruma las reverencias y los agasajos.

Tengo servidumbre hasta para velar mi sueño, y no puedo dormir.

Quiero marchar y no me dejan: dicen que la salud del Rey es la salud de la nación y la de todos los ciudadanos.

Morirán á centenares y yo que puedo evitarlo, permanezco aquí tan tranquilo, envuelto en el lujo brillante de la corte.

No me doy cuenta de mi situa-

ción: todo esto me parece un sueño.

Acudo á Dios, para que me libre de estas horribles torturas y no me oye.

Ya que por mi ambición me veo imposibilitado de hacer el bien á mi prójimo, al menos Dios debía conceder á los demás médicos el don que en tal mal hora me otorgó.

Que ellos curaran á los que mueren, para que yo perdiera los exclusivos méritos que hoy son causa de mi desgracia.

¡Imposible! Esto sería una nueva locura. La humanidad inmortal, es la vida aborrecible: la tierra cubierta de seres desesperados que se hacinarian en capas, como las formaciones geológicas. Tendrían que alterarse por completo las leyes eternas del universo.

La ignorancia tiene osadías increíbles.

El hombre atenta contra el Creador, cuando tiene la desgracia de no comprenderlo.

¡Cuántos me envidiarán creyéndome dueño de vidas y haciendas!

Desde este balcón del Palacio real, veo á un hombre dichoso. Sobre la acera de la calle, come formando amoroso grupo con su esposa y con sus pequeñuelos. Nadie le molesta; los transeuntes no se fijan en ese dulce poema de la familia. En mitad del arroyo, en cualquier parte, levanta un templo el amor.

Ese hombre es feliz y seguramente se considerará desgraciado, envidiando á los demás.

Si se compara conmigo, creeráse el más desdichado de los mortales.

La envidia es para la humanidad la terrible herencia de Cain: debe estar el infierno lleno de envidiosos, porque esa pasión conduce á las mayores iniquidades.

Desde los Reyes hasta los seres más humildes, fácilmente envenenan su alma con la envidia y cometen crímenes espantables; la historia lo atestigua.

Es pasión tan pérfida, que no respeta ni aun las almas angelicales, por los demás vicios humanos respetadas, porque la envidia penetra hasta en los niños y aflige su inocencia y aniquila sus cuerpos.

Es el fondo negrísimo, donde refleja su luz radiante la piedad.

Yo envidié el poderío de los demás hombres y aspiré á la superioridad sobre ellos y así me veo en es-

te verdadero infierno que me atormenta.

Estoy en un Palacio y no tengo hogar, ni amor, ni ventura, ni siquiera reposo.

Dios oyó la voz de mi ambición y de mi envidia y el castigo es terrible para mí: me siento condenado á eternos padecimientos.



IX

Mañana saldré de palacio.

Así me lo han ofrecido, después de mis ardientes súplicas: deseo abandonar esta suntuosa prisión.

El Rey está bien, pero ante las contingencias de una nueva afección me conceden la libertad provisional.

El gobierno, con el pretexto de que estudien mis maravillosas curaciones, ha designado dos médicos que me acompañarán á todas partes: serán para mí, la pareja de vi-

gilancia que me traerá á este palacio al menor aviso.

Mi libertad está pendiente de la menor indisposición que sufra el Rey.

Y me permiten marchar, á condición de que mi primera visita sea para curar á un banquero millonario, que anticipa fondos al Estado en sus frecuentes apuros.

Me dicen que una razón de gobierno aconseja la cura inmediata de ese personaje, cuya familia ¡implo-
ra mi asistencia.

Camino paso á paso hácia la mayor de las desesperaciones: he perdido mi reposo y mi libertad, lo que más debe amar el hombre.

Ya me capturaron y me condujeron como á los presos, esclavizados por sus delitos.

Sigo privado hasta de mi corres-

pondencia: supongo que me dirijirán millares de cartas, reclamando mi asistencia profesional.

Los quemueran, al menos descansarán de los horribles sufrimientos que padecen: yo soy más desgraciado porque vivo.

Nada sé de mi madre; nada sé de María, cuyo recuerdo me persigue implacable.

No olvido un momento aquella indiferencia, fría como la hoja de un puñal, con que recibió las súplicas que la dirijí con mis ojos, encendidos por la pasión.

Con su amor consideraba recompensados los tormentos indecibles que estoy sufriendo; solo su amor endulzaría las amarguras que inundan mi alma.

Ahora me esplico, Dios mío, que

tu divino amor redimiera todas las culpas del linaje humano.

Nada me distrae del agudo dolor que me tortura.

Desde este palacio, que para mí es una prisión tristísima, veo el discurrir de la gente por calles y plazas, como acometida de un vértigo.

Cada cual lleva una ambición en su alma, un anhelo en su espíritu, un ánsia en su corazón, y todos se atropellan y chocan, porque esa es la lucha de la soberbia humana.

¡Cuántos de los que se agitan buscando realizar sus anhelos, encontrarán en ellos su perdición!

Yo soy el más desconsolador ejemplo de todos los hombres.

Pedí á Dios un don que no tenían los demás, creyendo que mi suprema ambición era la mayor dicha.

Dios en su infinita sabiduría me castigó, concediéndome lo que anhelaba.

Y ahora pienso, que sin esa concesión sobrenatural, también hubiera sido desgraciado.

Con solo ambicionar se sufre; si Dios no me otorga lo que tanto ansiaba, mi desventura era inevitable, porque el deseo no satisfecho, atormenta; y con solo concedérmelo, han caído sobre mí los más insupportables infortunios.

No puedo culpar á Dios de mis desdichas; todas ellas las debo al pecado de mi ambición.

Quise grandezas y en ellas estoy aprisionado.

Esta ornamentación del lujo me ahoga; los mismos ruidosos triunfos de las curaciones aumentan mi des-

gracia, como serpiente enroscada á mi cuello que crece y crece, mientras oprime cada vez más con sus anillos; las ceremonias de la servidumbre me parecen una burla sangrienta al infortunio.

¡Cuánta ventura en el hogar tranquilo de María!

Allí no ha clavado la ambición su áspid venenoso; fulgura el sol, arrulla la brisa, cantan los pájaros, perfuman las flores y sonrien los cielos. La espléndida naturaleza entona un himno á la paz dichosa que simboliza María, resplandeciente de hermosura; y todo aquel sosiego apacible que recibe la bendición de Dios, dice á mi espíritu contristado, que en esa estancia humilde brinda el amor con sus inefables goces.

X

Estoy en otro palacio.

De la estancia real me trajeron á la suntuosísima en que ahora me encuentro.

¡Cuánto lujo y grandiosidad!

Tengo que curar á este millonario y no sé si mi especialísimo don, alcanzará á las enfermedades mentales.

El caso me preocupa.

Es este hombre robusto, activo, gozando de la plenitud de la vida, millonario, rodeado de grandezas y de una familia amantísima, que ha

caído en la monomanía y el insomnio.

Su esposa, inteligente y bella, y sus dos hijas educadas con esmero y lindísimas, no pueden, con sus reflexiones ni con sus lágrimas, atraerle á la razon y al reposo.

Su febril actividad en el mundo de los negocios, quizás su afán por mayores riquezas ó sus deseos de mayor notoriedad, le indujeron en mal hora á querer descubrir un invento.

Pretende encontrar el disolvente de la seda, para fabricar barnices; asegura que el negocio resultaría colosal y que los beneficios serían inmensos.

En mi larga conversación con este enfermo del espíritu, solo me habló de esa manía, que ha perturbado su razón.

Dice que la crisálida del capullo de seda, no corta los finísimos y apretados hilos para salir de su prisión: los disuelve con un líquido que segrega, y este hecho por él observado muchas veces, le garantiza que el disolvente existe y anhela descubrirlo con afán disparatado.

En todas sus habitaciones tiene aparatos y reactivos para hacer los ensayos que, día y noche, le sugiere su locura.

Se exalta con frecuencia y rechaza las caricias de sus hijas y las dulces reflexiones de su esposa; no hay medio de hacerle desistir de su monomanía.

En este hogar suntuoso, con espléndidas riquezas, con familia cariñosa y discreta, con unas hijas de

sentimientos delicadísimos, ha penetrado la ambición y huyó la felicidad.

Nada tan triste como las grandezas que abruman y transforman en tristezas infinitas las puras alegrías de la familia.

Todo eso y más hace la ambición, porque esta es una protexta contra la voluntad sapientísima de Dios; es la rebeldía contra los designios del Supremo Creador.

Este pobre millonario pudo ser feliz, administrando las riquezas para amar con ellas y favorecer al necesitado, gozando del cariño de los suyos, del afecto de sus hermanos, los desvalidos, y de la bendición de Dios.

No ama á nadie; olvida los gratos deberes de la virtud y está perdido para siempre.

Tiene lecho con todas las comodidades para el reposo y no duerme; tiene mesa con todos los refinamientos de la gula y en ella amarga con su monomanía los más exquisitos manjares; tiene jardines donde recrear su espíritu y en ellos dá rienda suelta á sus exaltaciones, mientras su esposa y sus hijas, que lo contemplan entristecidas, vierten lágrimas sobre las flores; tiene luz espléndida en aquél ambiente perfumado y su alma vive en las tinieblas.

El organismo humano, es susceptible de curación, porque la materia cede siempre á la inteligencia y una máquina que funciona es la revelación de la fuerza poderosa del espíritu; pero ¿quién cura à un loco con la botica? ¿cuántos habrá persiguiendo, como este potentado, un

disolvente para su perdición y desgracia?

Yo mismo, después de conseguido mi anhelo, soy víctima de esa terrible enfermedad y no me puedo curar.

¡Qué suplicio sufrimos los ambiciosos! ¡Qué dicha tan grande los resignados!

El dueño de esta casa seguirá esclavizado á su ambición y yo á la mía.

Dios nos hizo libres, y nosotros hemos buscado el látigo que nos azota y la cadena que nos agobia.

Marcharé de aquí con cualquier pretexto; quiero ver á mi madre; quiero ver mi casa donde gocé las inolvidables venturas de la infancia; quiero ver á María, mi ensueño de felicidad.

Con ellas dos, me marcharé lejos, muy lejos, y ocultando el don que me ha hecho tan desgraciado, viviré feliz y tranquilo.

Yo no puedo más, Dios mio; har-
to he purgado ya mis culpas.

¡Ah! ¡sí! Surge de mi conciencia un remordimiento, capaz de enloquecerme: para ser yo feliz necesito dejar morir á los que puedo dar la vida y las venturas á que aspiro estarán amargadas por las lágrimas de muchos hogares.

¡Qué hacer, Dios mío!



XI

Estoy en el tren y parto á ver á mi madre; me parece mentira.

Anhelo llegar pronto á mi casa para descansar: me siento rendido.

Vienen en mi compañía los dos médicos que el gobierno ha agregado á mi personalidad para mi vigilancia. Son compañeros discretos: me dispensan el gran respeto que les merece mi renombre; pero se me figuran la pareja que me ha de acompañar á todas partes.

Ellos me han dicho que el gobierno me ha colmado de honores, que

los periódicos han publicado mi retrato con profundos estudios biográficos; que á todas partes ha llegado mi fama, con la aureola de la ciencia suprema.

Me han entristecido con estas para ellos halagadoras noticias, porque á medida que mi popularidad crece, aumenta mi desgracia y el número de mis perseguidores.

Tímidamente me hablan de medicina, de los progresos que esta vá realizando en el mundo y de las cuestiones que preocupan á las Academias médicas.

Quizàs no piensen en que la mortalidad humana es hoy la misma que hace veinte siglos. La gente de los bosques rinde tributo á la muerte en igual proporción que la de las ciudades civilizadas, porque la

ley de Dios está por encima de la ciencia de los hombres.

¡Qué desgraciados serían mis acompañantes si yo les transmitiera el don que poseo!

Ellos lo anhelan, como yo lo anhelaba en mi ignorancia.

El tren prepara su marcha y en todas partes encuentra mi espíritu, motivos de reflexión.

Nada hace pensar tanto como la desgracia; el dolor es fecundo.

Todas las estaciones del ferrocarril están regadas con lágrimas, de tristeza cuando se despide á un sér querido y de alegría cuando se recibe, después de larga y dolorosa ausencia.

Todos los trenes conducen afectos, esperanzas y amarguras.

El silbato tiene algo de un agudo

gemido de tierna despedida; cuando hiere los aires penetra en muchos corazones.

A la cabeza de este tren vá un vagón celular con presos.

Por una de las ventanillas y á través de los hierros cruzados que la cierran, se asoma una cara juvenil para mirar á una pobre mujer que solloza inconsolable, junto á esa prisión móvil.

Debe ser una madre á juzgar por la profunda aflicción que revela.

Una madre que ha criado al hijo de sus entrañas para contemplar aprisionado aquel semblante que besó tantas veces.

La escena es terrible y conmovedora.

Aquel joven en la plenitud de la vida, cuando podía ser el consuelo

de su madre amantísima, camina á sepultarse en un presidio.

No puedo resistir la contemplación de este dolor.

Todos vivimos sometidos á la esclavitud de la culpa.

Yo mismo me considero preso para siempre, vigilado y perseguido.

En este mismo tren marchó, con el mayor sigilo, ocultando mi nombre y mi persona, para que no se lancen contra mi, los que en número tan considerable reclaman mis servicios.

También tengo una madre que llora amargamente mis desventuras.

Junto al dolor coloca Dios el bálsamo que consuela.

Próximo al departamento que ocupó, dos hermanas de la Caridad, humilde y silenciosamente rezan.

Marchan á un hospital, para socorrer enfermos, cumpliendo así la hermosa promesa de una vocación sublime.

La hermana de la Caridad es la luz esplendorosa de la virtud sobre las miserias humanas; ve á Dios y le sigue á través de las mundanas desventuras.

La sala de un hospital es imponente. Durante la noche, gimen los enfermos, recuerdan las dulzuras del propio hogar y las caricias de la familia; y entre tanto dolor allí reunido por el infortunio, y á la ténue luz de los farolillos que cae triste sobre las camas, se vé una mujer coronada por la blanca toca, símbolo de la pureza, que vá repartiendo entre todos los inefables consuelos de una asistencia piadosa; es la herma-

na de la Caridad, inflamada en el amor á Dios y al prógimo.

Estos ángeles de la tierra, acuden siempre á donde palpitan los mas intensos sufrimientos.

En las epidemias, reciben tranquilamente la muerte, de aquellos á quienes quieren dar la vida y en muchas almas infunden con su ejemplo gratisimas esperanzas de salvación eterna.

El tren vá á partir.

Muévense los mozos de la estación, llevando á hombro los abultados sacos de la correspondencia pública.

¡Cuánta carta!

Los empleados de correos, conducen, sin darse cuenta, infinitas tristezas y anhelos de la vida humana.

Si fuera posible leer todas las car-

tas que circulan en uno de estos vagones de la correspondencia, espantarían las tragedias y las ansias de que son portadoras. ¡Cuánta historia misteriosa! ¡Cuántas pasiones humanas, metidas y transportadas en un saco!

Suenan los timbres anunciando la marcha del tren.

Se oyen despedidas y saludos; cierran las puertas de los coches, silba la locomotora y ya nos deslizamos por la vía.

Quiero retraer mi espíritu para descansar y no puedo: los recuerdos hieren mi alma y no descanso.

Han transcurrido horas y horas, sin reposo y alborea el día.

Difúndese por el Oriente la primera claridad; los viajeros duermen casi todos.

El jóven preso se acuerda de su madre y yó de la mía: él se separa de ella para mucho tiempo, quizás para siempre, y yo voy á verla: los dos somos desgraciados.

Al paso del tren por la ancha llanura, veo una familia de segadores, que duerme tranquilamente pegada á la tierra y bajo el hermoso cielo de la alborada.

No se despiertan con el ruido de este monstruo de hierro que corre veloz.

Los hijos del trabajo reposan dulcemente.

¡Qué felices son!



XII

He vuelto á mi casa, á este hogar entristecido, en el que pude ser feliz.

¡Qué impresiones tan dolorosas estoy sufriendo!

Alojé á mis vigilantes: me han invitado á que hagamos estudios clínicos. Ignoran que nos aguardan tumultos y persecuciones.

¡Pobre madre mía!

Ha envejecido mucho en poco tiempo.

Ansiaba verla y sus palabras me han causado una nueva y profunda aflicción.

—¿Qué nos sucede, hijo mío?—me dijo acongojada—¡qué desgracia tan grande nos ha traído tu sabiduría!

—Madre, así es la vida; todos tenemos que llevar penas en el alma.

—Es verdad; pero nadie es tan desgraciado como nosotros. Vives perseguido y atormentado y yo sufro lo indecible al contemplar tu infortunio.

—Pronto seremos felices.

—No lo espero.

—Ya verás: estoy decidido á ello.

—Cada día será más amargo, para tí, hijo mío. No te quiero contar lo ocurrido en esta casa durante tu ausencia.

—Lo presumo.

—Esto ha sido un infierno de gente. Unos con súplicas, otros con amenazas y muchos con maldicio-

nes, reclamaban tu asistencia. Era un dolor vivo, contemplar tantas ansias implorando la vida de seres queridos.

—¿Habrás sufrido mucho?

—¡Dios me lo tome en cuenta! Tuve que marcharme de casa, huyendo de aquel constante tumulto, y no he vuelto hásta que por los periódicos, supo la gente que te encontrabas curando al Rey, y ya no venían á buscarte.

—Pronto sabrán mi regreso.

—Eso temo, hijo mío. Sobre tu mesa están amontonados los telegramas y las cartas. De aquí partieron á Madrid en tu busca muchos de los que vinieron implorando tu auxilio. Ya te verían.

—Nadie pudo verme; estaba aislado en el Palacio real.

—Preso, hijo mío; cautivo de tu sabiduría; y así tendrás que vivir siempre.

—Madre mía, pienso dominar pronto esta situación. Nos marcharemos lejos, muy lejos, donde nadie nos conozca y yo pueda disfrutar de la libertad.

—¡Marcharnos!

—Si, marcharnos; tu y yo y alguien más que te adorará, como yo te adoro.

—Eso es un sueño. La fama es tu desgracia y á todas partes te perseguirá. ¡Pobre hijo mío! Ya te lo decía: tu eres una víctima del egoismo de los demás y del talento con que Dios te ha querido castigar.

—El amor redime: te amo con delirio y amo á una mujer con locura: estoy decidido.

—Las dos sufriremos tu inmensa desgracia. Yo la acepto; todo el dolor de los hijos, por grande que sea, cabe en el corazón de las madres.

—¿Acaso no tengo yo poder para salvarme? ¿El que dá la vida á los Reyes no ha de conseguir gozar de la suya tranquilamente?

—No, hijo mío. Las grandezas humanas son las más de las veces, pesadas cadenas que abruman y fatigan, en el camino de la vida. Por que puedes curar á los Reyes, estos te aprisionan en sus palacios. Al ruiseñor le encierran en jaula de oro, porque canta.

—Madre mía, tus palabras me punzan el corazón. ¿No puedo ya ser feliz?

—¡Hijo de mi alma! Acepta con resignación la voluntad de Dios, y

espera; pídele su amparo y ofrécele todos tus sacrificios.

—Madre, yo no puedo más; mi vida es una indecible tortura; los seres que más amo sufren; abrumado por el dolor, veo á lo lejos la dulce esperanza de mi felicidad ¿por qué no he de perseguirla?

—Sufre y espera.

—La desesperación se aparece en mi camino ¡Si yo no amara!

—Esa debe ser tu esperanza, hijo mío; porque el amor brota de Dios y la desesperación del infierno.

—¿Y cómo voy á resignarme á tan grandes sufrimientos?

—Amando más.

—¡Si estoy encendido en amor! No te enfades conmigo. Amo á una mujer con la más grande ceguedad.

—No me enfado; por el contra-

rio, renace en mi la alegría, porque amándola más puedes salvarte.

—Amarla más, es imposible.

—Por amor subió al calvario el Hijo de Dios.

—Por el amor de ella, madre mía, acepto todos los infortunios.

—Escúchame, hijo mío; tu desgracia es inmensa; oye el consejo de una madre, que por el bien de su hijo desgarraría su corazón.

—Habla, madre mía, y descienda sobre mi alma, envuelta en tinieblas, un rayo de luz que la ilumine.

—Ama mucho y dí conmigo: cúmplase siempre la voluntad de Dios.



XIII

Recorro mi casa, con infinita amargura: no hay en ella aquel ambiente que respiraba en mi juventud dichosa.

No es ya mi casa, porque no tengo derecho á vivir en ella: ignoro donde me llevarán.

Veó mis libros, aquellos libros que me educaron y me instruyeron; despiertan en mi alma los recuerdos venturosos de la infancia.

Sobre la mesa de mi despacho hay cartas y telegramas amontonados; temo abrirlos: cada uno de ellos re-

presenta la voz doliente de un enfermo que me pide su vida.

Nada inspira tanta curiosidad como una carta cerrada ¿por qué no he de abrirlas todas? ¿qué puede aumentar ya mi desgracia?

Veamos.

Esta es de una madre que dice: «Venid por Dios, y por vuestra madre á curar á mi hijo».

Otra.

«Mi esposa muere: os aguardo anhelante: seis niños van á quedar huérfanos».

Todas dicen lo mismo: parecen terribles acusaciones, contra mi.

Aquí hay una carta más extensa.

Dice:

«Falleció mi esposo. Era pobre y no ha merecido vuestro auxilio.

Quedo en el mundo sola y con

mis pequeñuelos, y pido à Dios perdone vuestra mala acción, que ha sido causa de mi duelo inmenso.

Os escribo porque un hijo, el mayor, la única esperanza que me queda en esta aflicción, se encuentra enfermo y os pido vengais á curarlo.

Tened piedad de esta infortunada mujer, y libradme de mi nueva desgracia, ya que habeis sido antes tan cruel».

Es terrible lo que dice esta carta; ya no leo las demás ¿para qué?

Aquí hay una, con el sobre muy brillante, que escita mi curiosidad.

No se parece á las otras: ¿qué dirá?

Dice lo siguiente.

«Vuestra fama y renombre en la ciencia humanitaria de curar, no podrán permitiros obtener todo el fruto que vuestros desvelos merecen,

si no sugetais á un plan inteligente la administración de tan prodigiosas facultades.

Yo me cuidaría de haceros este gran servicio sin el que seguramente no prosperareis.

Os ofrezco una clínica lujosa y cien mil duros mensuales, para curar en ella los enfermos que yo admita.

Os abono seis meses anticipados y aun puedo mejorar mis ofertas.

Si en principio las admitís, avisadme y tendré el gusto de visitaros para ultimar el contrato con las garantías que sean necesarias.»

¡Qué horror!

La humanidad es egoísta, hasta para explotar las angustias de los seres expirantes.

La lectura de esta carta es de un

efecto espantoso: se arrienda todo.

La medicina es negocio: la ciencia es ya mercancía que se vilipendia en el mercado.

¡Qué sabio es Dios!

Si concediera sus dones excelsos á los seres mortales, serían llevados á la explotación mercantil como lícita grangería.

Ese que me ofrece tantos miles de duros, será rico, y aun quiere más dinero á costa de que por no morir, le entregue el prójimo su caudal y sus ahorros.

Por todas partes me azota la miseria social; ya no puedo leer las cartas que me dirijen.

Necesito decidirme; yo tengo derecho á mi vida y á mi reposo.

Esta noche marcharé sigilosamente á ver á María. Como estoy

privado de la libertad tengo que escapar de mi casa furtivamente, como un bandido cauteloso, protegido por la oscuridad de la noche.

¿Qué haré cuando la vea?

No lo sé: marchó sin plan entregado solamente á los azares de mi infortunio.

Quizás la luz de su hermosura me ilumine.

Si ama á otro, está muerta para mí toda esperanza.

Temo hablar con ella y lo deseo con una vehemencia que turba mis sentidos.

Morir á sus pies, sería la suprema dicha, coronada por el descanso eterno.

¡Qué dulce tranquilidad la que gozan los muertos!

Nadie los molesta: las luchas hu-

manas y las miserias de la vida no traspasan el dintel del sepulcro.

Hasta en las ansias exageradas que tiene el hombre por la vida, siempre es torpe.

Teme morir, cuando la muerte es el descanso del continuo malestar en que vive.

María es buena y sentirá compasión cuando conozca mis desventuras inmensas; ¿por qué me ha de negar sus consuelos?

Aun puedo ser feliz: aun veo á lo lejos la luz de la esperanza que fulgura como un destello de la misericordia de Dios; esa luz me atrae con fuerza irresistible; voy á ella como la mariposa, aunque me abraze y perezca.



XIV

La noche cubría con su negro manto á los fugitivos.

Logré escapar de mi casa y partí á ver á María, huyendo de mis perseguidores.

Marché à pié y solo; no quise que nadie supiera mi propósito.

No sé—me decía—lo que será de mí ni si volveré á ver á mi madre.

Pensé en que si María me acompañaba nos marcharíamos para perdernos lejos, muy lejos: donde nadie pudiera encontrarnos.

Aquella ilusión me dominaba.

Me interné en el campo: una fuerza irresistible me conducía hácia su casa.

La noche era oscura, pero veía el sendero como una franja luminosa.

Reflexioné que no podría verla hasta después de amanecido. ¿Cómo penetrar en su casa de noche?

La pasión ciega, y no se me había ocurrido esta contrariedad.

Era preciso aguardar á que el nuevo Sol alumbrara aquella dichosa aventura.

Seguí andando; no muy lejos brillaba un punto de luz ténue.

Era la de una choza que se me aparecía para pasar la noche, en espera del amanecer. Me dirijí á ella, creyendo que la providencia acudía en mi auxilio.

Poco antes de llegar á la mísera vivienda, encontré á su dueño.

Era un pobre labrador: estaba regando la tierra.

—No temed, le dije; soy un caminante que me he extraviado.

—¿Que deseais?—me contestó.

—Hospitalidad y descanso en vuestra casa, hasta que amanezca.

—Venid conmigo.

Y nos dirigimos hácia su modesto hogar.

Era aquel labrador, hombre de aspecto sencillo y de natural bondad: tosco y humilde, me pareció el rey de los campos y sentí envidia.

A la puerta de su choza había un pequeño y artístico jardín, algo así como un trono, rodeado de flores: los jazmineros tapizaban con estrellas de plata la fachada de aquel

santuario de la pobreza y á manera de dosel, un emparrado extendía sus pámpanos meciendo en el aire apretados racimos de uvas.

En el umbral ardía la luz débil de un candil, rasgando tenuemente la sombra de una noche despejada, y allá dentro de la casa se escuchaba el ritmo de una respiración tranquila, de un sueño reposado: era su esposa que dormía dulcemente abrazada á sus pequeñuelos.

Y en este hermoso cuadro se veía la magestad serena del inmenso poder de Dios.

Llegamos bajo el emparrado, y aquel hombre, dándome una silla, dijo confiadamente:—sentaos, caballero.

—¿No temeis nada de mí?—le contesté.

—No, señor. Dios cuida de los pobres ¿qué podeis hacer en mi daño?

—Tomad, le dije, tomad este recuerdo mio; y le entregué unas cuantas monedas de oro.

Cuándo tuvo estas en sus manos, quedóse pensativo y exclamó:—gracias, señor, pero no merezco tanto.

—A mi me sobra el dinero y este nunca estorba en la casa del pobre. ¿En qué lo vais á emplear?

—No lo sé: nunca he pensado en ello, porque jamás pude ahorrar: veremos lo que dice mi mujer.

—¿Teneis hijos?

—Dos.

—¿Vivís satisfecho?

—Nadie está conforme con su suerte, pero yo digo que sea lo que Dios quiera.

—¿Sabeis donde está la casa que

habita un señor, con barba canosa, que tiene dos hijas, que una de ellas se llama María y es muy hermosa?

—¡Ah! si lo sé; D. Ramón: lo conocemos todos: es un santo. Su casa está muy cerca: en la vuelta del río.

—¿Es un santo?

—Sí, señor: nos protege á los pobres: nos dá buenas semillas, enseña á leer á los muchachos, auxilia á los enfermos y se pasa la vida haciendo caridad.

—¿Y su hija?

—Yo lo creo! Es muy buena, la Srta. María: enseña á coser á las jóvenes de este paraje y parece una madre.

—¿Tiene novio?

—No señor, que yo sepa, porque díce que solo quiere á su padre. Viven en esa casa como los ángeles.

No quise saber más; me sentí inundado de alegría, cuando supe que no amaba á otro. Una grata casualidad, empezaba á hacerme feliz.

Sentado en la silla quedé como aletargado por el placer. Suspendí la conversación; y aquel labrador, heraldo de mi ventura, creyéndome dormido, recostose, como significándome su gratitud, sobre el portal de su casa, para velar mi sueño.

La felicidad es el descanso: por que yo fuí feliz en aquellos momentos descansé.

No quería perder la conciencia de que estaba despierto, para recrearme en la posesión de una verdad que era mi dicha. María no tenía novio; no amaba á otro; y para no dormirme entreabría los ojos con dulce placidez.

La noche era apacible; las estrellas del cielo fueron testigos de mi ventura; había perfumes en el ambiente y dulces murmullos del aire que besaba con suavidad las hojas de los árboles; sentí lágrimas en mis ojos, pero lágrimas dulces de gratísima emoción; nada turbaba aquel letargo placentero en que estaba sumido; doblóse mi cabeza, se cerraron mis ojos y entregando mi alma á un éxtasis de felicidad infinita, quedé profundamente dormido.

Aquel sueño reparador, de que no había gozado en mucho tiempo, me pareció un transporte á regiones más serenas y dichosas.

Cuando desperté, alboreaba el día y en el cielo se dibujaban las gradaciones de luz, que anuncian el sol; cantaban los pájaros y las flo-

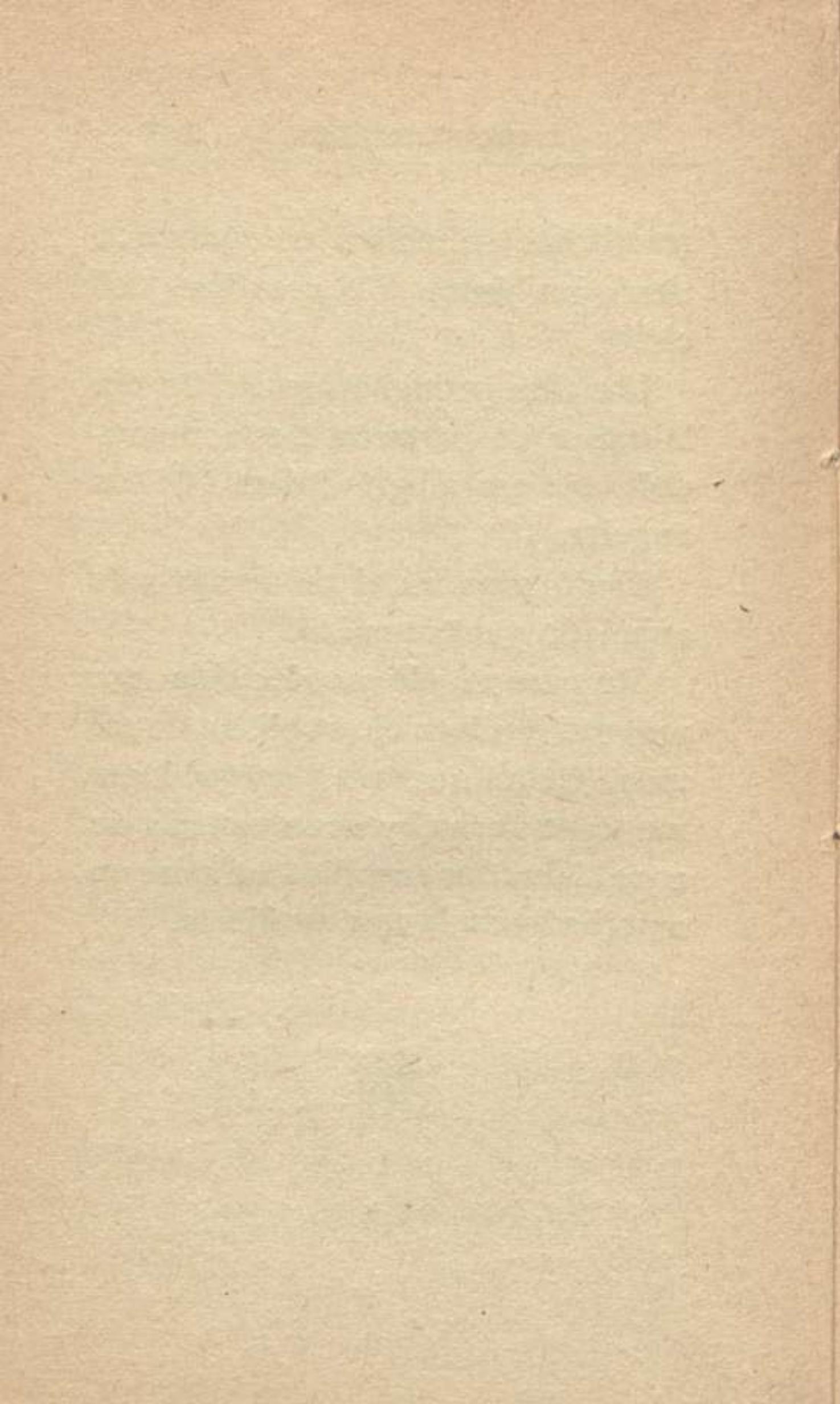
res abrían sus cálizes, entonando la tierra un himno á la grandeza del cielo.

Los dos pequeñuelos hijos del labrador, despertaron á este, besándolo con esa alegría infantil de los ángeles.

Llegó para mi el momento más anhelado y más temido.

Me puse en pié con decisión; era urgente resolver el problema de mi vida. Temía que mis perseguidores me capturaran, y acompañado de aquel labrador sencillo, me puse en marcha hácia la casa de María.





XV

Asomábase el Sol por el Oriente cuando llegué á la casa de María.

La emoción me ahogaba: era llegado el supremo momento de mi existencia.

Cantaban los pájaros jugueteando en los árboles y la luz del nuevo día alegraba la naturaleza.

Divisé la puerta de la casa de mis ensueños y en el dintel se dibujaba con tonos vagos é indefinibles las formas de una mujer; era ella, era María, que á lo lejos me pareció envuelta en una gasa vaporosa.

Sentí miedo, pero el amor es audaz, y me dirigí resueltamente hacia aquella morada, impulsado por un anhelo irresistible.

Llegué. María estaba sentada junto á la puerta y á su lado jugaba su hermanita, como un ángel que guarda con su candor la pureza de una vírgen.

No podía perder la ocasión y aproximándome á la deidad de mis amores, la dije:

—Dios os guarde, María; perdonad mi atrevimiento.

—Pasad, caballero—me contestó —mi padre llegará pronto.

—Deseo hablaros; notareis en mi voz temblorosa el respeto que me inspirais.

—Os lo agradezco: decid.

—Ya lo habreis supuesto: sola-

mente el vivo sentimiento de que estoy poseido, me puede infundir el valor para declararos mi amor.

—No comprendo lo que quiere decirme vuestro atrevimiento.

—¿Me conocéis?

—Si; sois el médico célebre de quien me habló mi padre. Ignoro lo que os proponéis y no me explico como yo tan humilde, os pueda inspirar una pasión tan violenta.

—¿Amais á alguien?

—A mi padre y á mi hermana.

—¿A nadie más?

—A nadie.

—Entonces ya puedo ser feliz, si aceptais mi amor. Pongo á vuestros pies todo cuanto soy y toda mi vida, que no la quiero sin vuestro cariño.

—Creo que aspirais á un imposi-

ble. Mi padre me lo dijo; vuestro empeño me parece temerario.

—Bien conozco que no amais, porque no comprendéis el lenguaje de un enamorado, que está enloquecido por vuestro amor. Ignorais mis terribles sufrimientos, que ya me parecen una eternidad de desdichas. Compadeceos.

—No sé que contestaros, porque sin amaros, no deseo aumentar las penas que me declarais. Hablad con mi padre: los consejos de este obedeceré ciegamente.

—Vuestro padre es opuesto á que yo sea feliz: no habrá amado nunca, cuando las torturas que sufro no le inspiran compasión.

—Estais turbado. Mi padre me amó siempre y su cariño me libraré de las desventuras de la vida. Os ad-

mira, pero me dijo que vuestra nombradía y fama llevan consigo el infortunio.

—A todo renuncio por vos; ocultaré hasta mi propio nombre ¿qué mayor dicha que vivir humildemente á vuestro lado?

—Vivo feliz en este pobre hogar ¡quién sabe si el sueño de las grandezas me haría desgraciada! Dejadme en esta dulce tranquilidad.

—Como no amais, desconocéis lo que el amor puede y á donde conduce. aguardo vuestra resolución como el reo de muerte el fallo decisivo de su existencia. Vuestra deslumbrante hermosura ha encendido mi alma y temo que la desesperación me arrastre á los escesos del delirio. ¿No teméis á un loco?

—Tranquilizaos. Si de veras amais,

me respetareis: ningún daño os hice para que cometais los excesos que centellean en vuestra amenaza.

—María, por Dios; por vuestro buen padre, no me atormentéis. Estoy decidido á todo; exigidme sacrificios; poned á prueba la intensidad de mi cariño; pensad en los goces de un amor inmenso. Yo os haré feliz: seré vuestro esclavo y si mi desdicha es tanta que de vuestra ingratitud tuviera que recibir la muerte, también moriría dichoso y allá en la eternidad os aguardaría loco de amor.

—Comprendo que me amais y no lo dudo; pero no sé lo que hay en vuestro amor, que más bién lo considero enemigo de mi felicidad que mensajero de días venturosos. Hablad con mi padre: en Dios y en él

tengo puestas mis dichas futuras y sin ambiciones ni soberbias espero tranquila.

—El amor brota de Dios infinito y prende en las almas buenas y las inflama en ese sentimiento universal que mueve el mundo del espíritu. Vivir sin amar es vida impura de los seres á quienes Dios negó la posesión de los mas dulces afectos. Yo os amo con toda la pasión juvenil y noble del que con ese amor quiere redimir sus grandes infortunios ¿por qué no habeis de corresponderme?

—Creedme: temo vuestro amor.

—Oid mi acento suplicante; ved en mis ojos relampaguear la pasión, escuchad mis palabras que surgen del fondo de mi alma como la lava de un volcán; fijaos en mi semblante entristecido por un amor desven-

turado, y dadme una esperanza que sirva de bálsamo á mis inauditas desdichas.

—Mi padre llega.

—María; una palabra, una mirada.....

---Calmaos: parece mentira que un hombre de tanto talento, haya perdido la serenidad.

Y María se levantó y cojiendo de la mano á su hermanita retiróse, al mismo tiempo que su padre me alargaba la mano saludando.

—He oido — me dijo — toda la conversación y os tengo lástima; estais perdido, amigo mío.

—Bien haceis en compadecerme: soy el mas desgraciado de los hombres. Acudo á vuestros sentimientos generosos para librarme de este infierno en que vivo.

—¿Amáis á María?

—¿Así quereis consolarme?

—No la amais; no; quereis su desgracia, pero yo debo impedirlo: es mi hija.

—Quiero hacerla feliz á costa de todos los sacrificios: decid pronto los que yo tengo que hacer para poseerla.

—Ya os dije que vuestro talento en el arte de curar y vuestras grandezas, serían el mayor infortunio para mi hija, educada en la humildad. Ella vive feliz en este hogar sencillo.

—Renuncio á todo por ella.

—Sería inhumanitario é indigno renunciar á la práctica del bien, para no curar á los que mueren sufriendo.

Además os buscarían por todas

partes. Vivís perseguido y encadenado á vuestro renombre. He leído en los periódicos vuestra estancia en palacio y la multitud anhelosa que reclamaba vuestros servicios. ¡Pobre hija mía!

—Es cierto; vivo acometido por las más terribles exigencias; pero pienso marcharme á donde nadie me conozca, y si María me acompaña mi felicidad sería celestial.

—Imposible.

—Lucharé contra esa fatídica palabra. Veo que se cierran todas las puertas de mi felicidad y ya siento en mi sér los ímpetus espantosos de una fatalidad implacable.

—Tened calma.

—Imposible, oidlo bien: es imposible que pueda resignarme á tan atroces padecimientos. Me desgarraré

las entrañas, desgarrando las de mi madre y pronto llegará el trágico fin á que mi destino infausto me conduce. Creí encontrar consuelo en este hogar humilde y sencillo; á él llegué sangrándome de mis profundas heridas en busca del bálsamo que ansío, y encuentro las más suprema aflicción de mi vida. Quien pudiera curarla, me exhorta á que tenga calma para sufrirla eternamente. No me resigno.

—Vuestra falta de resignación es la mayor desventura.

—Pronto vereis hasta donde llega un hombre enloquecido por el dolor.

—No amenaceis: pensad en Dios y en su misericordia: pedidle amparo.

—Nada pido á Dios, no: una vez

acudí á su infinito poder y me hizo desgraciado para siempre.

—Me convenzo de vuestra locura; serenaos. Os acompañaré á vuestra casa y allí hablaremos después.

—¿Sabeis donde vivo?

—¿Quién lo ignora? Cerca de aquí.

—Habeis dicho que me acompañareis. ¿Vais á ser mi amigo?

—Si.

—Podeis hacerme feliz; no me abandoneis: sed la luz que alumbre mi espíritu que en las negrísimas tinieblas de la desesperación se agita.

—Tened fé en Dios: vamos á vuestra casa.

—¿Y María?

—Dejadla: ya la vereis después. Sufrirá al veros tan atormentado y no teneis derecho á que sufra.

—¡Qué placer tan grande para mi, si ella sufriera al contemplar mis desventuras!

—No pensad en que sufran los demás, sino en consolar á los que padecen; si yo puedo os consolaré: es mi deber.

Y nos pusimos en marcha hácia mi casa.

No pude ver á María ni hablé con su padre por el camino.

Estaba tan fatigado y tan nervioso, que tuve que apoyarme en el brazo que me ofreció.

Mi espíritu se sintió abrumado, pensando en que el padre de María me acompañaba con propósito de consolarme.

Deseaba llegar á mi entristecido hogar, para que hablásemos.

Me fingía sereno y le dije:—ya veis

como acepto vuestro consejo y me calmo.

—Ya hablaremos cuando esteis completamente tranquilo.

Y sin que mediaran entre nosotros más palabras, llegamos á mi casa y recibí en ella nuevas y tremendas impresiones.



XVI

Mi casa presentaba un aspecto indefinible.

Cuando penetré en ella con el padre de María, oí varias voces que decían:—ya ha llegado, está aquí; y como poseidos de un vértigo se abrazaron varios á mi cuello diciéndome con dolorido acento: — ¡venid conmigo!

Aquel cuadro imponía terror; unos lloraban, otros me dirigían súplicas doloridas y todos me reclamaban con los tiernos acentos de la aflicción, para que acudiera á dar la

vida á seres queridos que estaban en peligro de perderla.

Pude atravesar aquella masa de gente apenadísima, ofreciendo marchar con ellos á prestar auxilio á los enfermos.

El padre de María, que no se separó de mi lado, estaba conmovido. Me dijo:—esto es horrible.

Ambos subimos la escalera, perseguidos por mi espantosa clientela.

Al penetrar en mi habitación, los dos médicos que me acompañaron desde Madrid, para aprender mi sabiduría, salieron al encuentro, revelando en sus semblantes una gran emoción.

Uno de ellos me dijo:—¿qué habeis hecho? Os marchasteis sin decirnos vuestro paradero. ¡Qué conflicto!

—Decidme lo que sucede:— contesté.

—Desde anoche os estamos buscando por todas partes. El gobierno telegrafía sin cesar para que nos pongamos en marcha. Es un compromiso de Estado.

—¿Está enfermo el Rey?

—No; pero el Czar de Rusia se encuentra en trance de muerte y por la vía diplomática ha reclamado vuestros servicios: urge que nos pongamos en camino para Moscou. Todo está preparado; tren especial, servidumbre, comisiones y el gran séquito que os acompañará para mayor esplendor de vuestra justa fama.

Esta contrariedad me produjo una terrible exaltación; y no pudiendo dominarla, exclamé: — No voy á Moscou ni permito que así se me

esclavice por más tiempo. Me decido á que me maten como á un perro; cualquiera solución me conviene más que vivir así.

El médico aquel quedóse asombrado, y reponiéndose de su turbación me dijo: — ¿Estais loco? ¿Vais á crear un conflicto á la nación, al Rey y al gobierno?

— Ya he dicho que me he decidido á todo; no puedo más.

— Serenaos, compañero, y reflexionad sobre la inmensa gravedad de vuestras palabras.

— No cedo.

— No os perteneceis. Quien tiene un talento tan asombroso y una facultad tan extraordinaria, no puede negar á la humanidad y á la patria sus servicios; y si por ceguedad inexplicable en quien tanto vale, persis-

tiera en una insensatez tan temeraria, caería sobre él la maldición de los hombres.

—Estoy tán resuelto á sacudir este yugo insoportable, que no me dejaré convencer. Decid al gobierno que no marcharé á Moscou.

—Me creais una situación muy difícil; calmaos y entrad en razón.

—A las puertas de esta casa se agolpa un inmenso gentío que reclama mi asistencia facultativa con igual derecho que el Czar de Rusia, y no acudo á prestarla. También podeis decirlo al gobierno.

—Comprendo los agobios que sufrís, pero las grandes luchas son para los hombres superiores. Saldreis de esta casa para Madrid custodiado por la fuerza pública, para que nadie pueda molestaros. Del órden

del viaje yo me encargo y ya os he dicho que todo está preparado. Resignaos y evitadme la grave contrariedad para mi de comunicar al gobierno vuestra negativa, cuando España entera se muestra alborozada por este suceso. El Czar de Rusia, ha tenido que acudir à un médico español.

—Insisto en mi actitud: necesito abreviar el suplicio à que vivo sujeto. Si el Czar muere, yo sufro mayores torturas.

—Por Dios, ruego á vuestra sensatez que evite tan enorme suceso. Ahora mismo tengo que telegrafiar al gobierno.

El padre de María, que cada momento estaba más impresionado, me cogió del brazo y me condujo á una habitación inmediata, y dirigiendo-

se al médico, exclamó:—esperad unos minutos: que nos dejen solos.

Aquel hombre venerable, á quien yo tanto respetaba, me dijo;—estamos sin testigos; podemos hablar con sinceridad; oidme.

—Os oigo con toda mi alma; tened piedad de mi.

—Marchad ahora mismo á Moscou.

—Estoy dispuesto: con María, con mi madre, con vos y con vuestra pequeña hija.

—Imposible: no mereceis el amor de mi hija: os empeñais en sacrificarla.

—Pues dadme una solución con María y la acepto; sin ella, no cedo. De mi están brotando energías supremas.

—Rechazais mi consejo: deseo

favoreceros y ya me siento obligado á marcharme. Aquí quedais con vuestro destino.

—No cerreis por más tiempo los horizontes de mi felicidad. Soy capaz de todo. Pondré precio al gobierno por mis servicios y esgrimiré todas las armas de mi poderío para poseer á María.

—¿La amais?

—Pronto lo vereis.

—Si es sincero vuestro amor, no pretendereis hacerla desgraciada con los tremendos azares de vuestra vida. Tened en cuenta que si gozais de una influencia incomparable, yo tengo poder suficiente para que María no os ame, aunque tuviese que perder la vida y con ella la mía. Daráse entonces el caso de que quien cura todas las enferme-

dades, mata á la mujer á quien tanto ama.

—Tened piedad de mi: si no os mueven á ello mis sufrimientos, al menos no los aumenteis.

—Os quiero bien y aun podeis ser feliz, aceptando mis consejos.

—¿Que puedo ser feliz? Hablad; ya sabeis la única manera de conseguir mi felicidad. Os escucho.

—Marchad á Moscou; tened fé en Dios; El todo lo puede; yo os aguardo.

—Dejais en mi alma las mismas torturas. Esa no es solución para mi.

—Si por vuestro amor á María me considerais como padre, yo os lo mando.

—¿Volveré á verla?

—Sí.

—¿Amará á otro?

—No.

—¿Pensais en mi felicidad, librándome de estas inmensas desventuras?

—¿Quién no se conmueve a contemplar vuestra inmensa desgracia?

—¿Me dais alguna esperanza?

—Sí, hijo mío!

Yo me abracé al padre de María y lloré con una emoción jamás sentida. Aquel hombre había inundado mi espíritu de dulcísima esperanza; me había dicho: ¡hijo mío!

Y cuando pudieron brotar de mis labios las palabras, le dije:—voy á Moscou; cuando vuelva caeré en vuestros amantes brazos que tan caritativamente me contienen al borde del abismo.

XVII

Partí para Madrid en tren especial y con el boato propio de un príncipe.

Las fuerzas físicas me abandonaban, pero mi espíritu se había fortalecido con la grata esperanza de conseguir el amor de María.

El padre de esta me despidió cariñosamente y se marchó á su casa, ofreciéndome esperar mi regreso.

Los dos colegas, mi pareja de vigilancia, dispusieron el viaje, y la guardia civil cuidó de que saliera ileso de mi hogar, en donde quedó un gentío abrumador.

No quiero recordar los lamentos que lanzó aquella verdadera muchedumbre, cuando me vió conducido á la estación del ferro-carril.

Llegué á Madrid en donde solo estuvimos una hora: urgía mucho complacer al Czar.

En tan poco tiempo, me visitó el jefe del gobierno, recomendándome mucho el servicio especial que iba á prestar á la pátria.

Se agregaron al tren diplomáticos rusos, médicos afamados y numerosa servidumbre.

Marchamos de Madrid sin pérdida de tiempo, en dirección á París; fué aquél un gran suceso periodístico.

Durante el viaje, procuré aislarme en mi reducido dormitorio, con el pretexto de que me sentía muy fatigado; no quería hablar con na-

die, para recrear mi espíritu en la dulce esperanza que me infundió el padre de María.

Las ceremonias y agasajos me molestaban.

No conocía más idioma que el español y esto justificaba que no hablase con los extranjeros.

El tren andaba con extraordinaria rapidez; en las principales estaciones había gente que deseaba saludarme y comisiones de médicos que me felicitaban.

Intenté varias veces dormir y no podía. Me acordé de aquel sueño dulce y fortificante en la casa del labrador; hubiera cambiado el tren lujosísimo que me conducía por aquella humilde cabaña.

Llegamos á Paris.

No sé cuantos personajes acudie-

ron á visitarme, durante la media hora que estuvimos en aquella gran capital.

El Embajador de España me indicó que era preciso saliese de mi dormitorio para tributar inclinaciones de cabeza á tan eminentes personas.

Así lo hice y aquella recepción muda me impresionó por lo aparatosa.

Después supe que los periódicos de París publicaron mi retrato y sendos artículos sobre mi persona.

Subieron al tren más acompañantes y partimos como una exhalación.

Contemplé desde lejos aquella inmensa capital á la que llaman el cerebro de Europa y vinieron á mi pensamiento las grandezas que resplandecen en la historia.

Napoleón ¡El genio militar que ambicionó el dominio de Europa!

Allá en Sta. Elena, prisionero de sus éxitos, tuvo tiempo para reflexionar sobre las glorias humanas.

Un tren rápido es un monstruo que devora las distancias: junto á la vía álzanse los postes telegráficos, cuyos alambres se han extendido ya en tan amplia red, que solo pueden tener por devanador el globo de la tierra.

Por esos alambres circulan las palabras con la velocidad del pensamiento y por ellos comunicaban mi pronta llegada á Moscou.

Cruzamos un gran número de capitales, en las que tuve que repetir las inclinaciones de cabeza: mi viaje parecía triunfal por las grandes ceremonias de que era objeto.

Seguí días y noches retraído en mi dormitorio: la distancia era larga y todo mi afán era descansar.

Algunos momentos dormitaba pensando en María, en mi regreso, en la felicidad que me esperaba, en la dicha de mi pobre madre cuando me viese satisfecho y venturoso.

Ya estábamos próximos á Moscou.

Uno de los médicos españoles que me acompañaban, me dijo que era conyeniente me impusiera de algunos datos, antes de visitar al Emperador de Rusia.

—Decidme cuanto querais, le contesté.

—He conversado con una Comisión de médicos rusos, que salieron hasta Berlin á recibiros, con objeto de anticiparos los síntomas de la enfermedad del Czar.

—¿Qué dicen?

—Como no conoceis el idioma, me han expuesto sus observaciones para que yo os las trasmita, por si pueden ser útiles á vuestra superior autoridad facultativa. A todos nos ha extrañado que no preguntéis por la enfermedad que vais á curar.

—Os sigo escuchando.

—El Czar sufre una fiebre intensa y prolongada: aquí teneis la gráfica de la temperatura.

—¿Han apreciado la causa que motiva la fiebre?

—Esa es cabalmente la que hay que descubrir. La fiebre siempre es un efecto; ¿opináis lo mismo?

—Esto de los efectos y de las causas paréceme una cadena de infinitos eslabones, porque fuera de Dios, todo es consecuencia de algo, y la

que calificamos de causa otra la produce convirtiéndola en efecto, y nadie puede decir que vive en este mundo desligado de cuanto le rodea, pues desde el infusorio hasta la vía láctea, todos vivimos en relación.

— Bien sabeis que la fiebre es signo de destrucción y de muerte.

— La fiebre es combustión y actividad: la sangre que circula con rapidez, el corazón que impulsa acelerado, calor y movimiento que consumen, como la luz que brilla en una bujía y que se apaga cuando se ha consumido la materia que la alimentaba. Lo mismo sucede con el hombre social; brilla á costa de sus esfuerzos y anhelos dolorosos: vive muriendo.

— Las fiebres altas son peligrosas cuando descienden rápidamente.

—Así sucede también en el mundo del espíritu. Cuando este se agita en las cimas del ideal y descien- de súbitamente, el dolor es agudí- simo.

—Según mis noticias la enferme- dad del Czar, es una fiebre lenta, que, sin gran intensidad, no desapa- rece.

—Mal síntoma; la fiebre que per- siste en el cuerpo es como el ansia que se apodera del alma. ¡Cuántos vivimos en estado febril!

Y al finalizar esta conversación llegamos á Moscou.



XVIII

Mi entrada en Moscou fué aparatosa.

Me aguardaban altos dignatarios, autoridades y comisiones, que en su actitud de silenciosa reverencia, reflejaban tristeza y preocupación por la enfermedad del Czar.

Sobre la población se alzaba la Catedral de San Miguel, que se levanta junto á los sepulcros de los Czares.

El rio Moskova, cruza la ciudad, tranquilo y magestuoso; los murmullos de sus aguas recuerdan misteriosas tradiciones.

Aquella región subsiste rebelada al imperio del Sol, de la luz y del calor: cae la nieve de un cielo gris y el viento hiela.

Me llevaron al *Kremlin*, á la antigua ciudadela, cuyos muros desafían los extragos del tiempo.

En el *Kremlin* está el antiguo palacio de los Czares.

La entrada en esta soberbia morada es imponente: simboliza el poderío de los soberanos de Rusia.

Una guardia numerosa vigila: parece que en aquella tremenda fortaleza residen juntos el valor y el miedo.

Penetramos en ella y á medida que me aproximaba á las habitaciones del Czar, mi séquito disminuía.

La vigilancia y la astucia forma-

ban contra el nihilismo, un tamiz muy tupido que iba deteniendo á mis acompañantes.

Llegué al aposento del Czar, con un médico ruso, que era el de cabecera; un intérprete y la afligida familia del soberano.

Es indescriptible el cuadro: lujo, silencio, grandeza; la magestad sometida á la defensa y cuidado de una servidumbre adicta.

El Czar yacía en su lecho y su primera mirada para mí fué de gratitud y de ansia suprema; comprendí que me aguardaba.

Imité las reverencias de su médico y lo pulsé; en aquel momento creí tener en mi mano los destinos de Rusia y el porvenir del mundo.

Sentí una humillación dolorosa ante mi propia conciencia; con ser

tan poderoso, no había logrado la dicha que anhelaba.

La fiebre había hecho grandes estragos en el Czar: le receté lo que Dios me inspiró, infundiéndole tranquilidad y confianza para su curación.

El Czar me expresó su gratitud, y quedóse profundamente dormido, reparando sus fuerzas.

Todo el poder de las Rusias estaba encarnado en un mísero cuerpo rendido á la consunción de la fiebre.

Me alojaron en una estancia de príncipes: veía caer la nieve por un amplio balcón: el horizonte se deshacía en copos.

Allá á lo lejos se abrazaban el cielo y la tierra confundidos en una línea blanquísima.

Nada me distraía: pensaba solamente en regresar pronto.

Con el pretexto de mi cansancio, me negué á visitar los monumentos históricos de Moscou, que tantas riquezas atesoran; el hastío era rebelde á todos los estímulos.

Así pasaron tres días, hasta que el Czar pudo abandonar el lecho: estaba ya curado por mi poder sobrenatural y aquél éxito fué ruidoso en el mundo y singularmente en aquel palacio, donde cada momento extremaban más los agasajos á mi persona.

Comí con el Czar y este me significó su gratitud con grandes dádivas y honores, que en nada modificaron mi situación de ánimo.

Aquel poderoso soberano, estaba ya restablecido y creí llegado para

mi el ansiado momento de indicar que regresaba á España.

El Czar se opuso y delicadamente me indicó que era su médico de cabecera con las condiciones que yo exigiese: el afan de vivir no regatea condiciones.

Pude quedarme en Rusia con una retribución colosal, pero el amor sincero atrae sobre todas las fuerzas humanas.

Manifesté al Czar que enfermos graves de la propia familia reclamaban mi auxilio y que no podía dejarlos morir.

Hubo días de lucha para que yo pudiese salir de Moscou. El Czar, si no lo impedía rotundamente, lo dificultaba.

Tuve que empeñar mi palabra de volver pronto y apelar al pretexto

de que mi madre sufría una grave enfermedad, para que me dejaran partir de Moscou.

Sufrí lo indecible, temiendo quedar prisionero para siempre en el inmenso palacio, donde tanto me estimaban.

Nada sabía de mi madre ni de aquella mujer, cuyo recuerdo llevaba en el alma perpétuamente.

El médico del Czar celebró conmigo varias conferencias y le convencí de que no había peligros de una recaída para el soberano.

Así pude escapar de Moscou, en donde me despidió la corte, con todo el aparato que allí merece quien salva la vida de un Czar.

Volví, voluntariamente recluido, á mi dormitorio del tren.

Cuando salvé la frontera me con-

moví; al ver la pátria, se ve á la madre.

Luché para defenderme de las ceremonias y adulaciones que me aguardaban en Madrid y pude, con extraordinarios esfuerzos, llegar á mi casa, como el héroe que vuelve á su hogar, después de una gran batalla.



XIX

El infortunio es implacable cuando se ceba en sus víctimas.

Al llegar á la estación del ferrocarril de mi pueblo, ví de lejos al padre de María que me aguardaba.

Brilló en mi alma un relámpago de alegría.

Lleguéme á él y le abracé con efusión.

En su bondadoso semblante se notaba un gran dolor.

Con voz emocionada, me dijo:

—Tengo que comunicaros una infausta noticia: recibidla con resignación.

—Hablad pronto---le contesté con una ansiedad terrible.

—Vuestra madre está gravísima; no la he abandonado un momento.

—Vamos, vamos pronto; yo puedo salvarla. Ahora comprendo la ansiedad de los que me buscan.

—Su estado es tan gravísimo, que no sé.....

—¿Qué decís?

—Resignaos con la voluntad de Dios.

—¿Ha muerto? Decídmelo. ¡Qué horrible incertidumbre!

—Ha entregado su alma al Creador, al amanecer de hoy; humillaos ante la soberana voluntad del Señor.

Aquellas palabras me causaron tan agudísimo dolor, que quedé inmóvil; quise llorar y no pude.

Sentí el escalofrío que producen

en el alma las grandes amarguras y el padre de María recibió en sus brazos mi cuerpo, que caía en tierra desplomado.

La gente se agolpaba y la guardia civil tuvo que abrir paso para que me llevaran á mi casa.

No podía hablar; el dolor enmudece, cuando no puede expresarse con palabras.

Llegaban á mis oídos frases que, como saetas envenenadas, me disparaban en el tránsito doloroso de la estación á mi casa.

—Ha curado al Czar y deja morir á su madre—dijo una mujer del pueblo, reflejando un sentimiento de ira que la multitud aplaudió con un murmullo de aprobación.

Aquello era espantoso.

El padre de María no se separaba

de mi lado; ayudado por él subí las escaleras de mi casa, que me parecieron las gradas de un afrentoso patíbulo.

No pudo evitar que yo viese á mi madre, porque haciendo un esfuerzo supremo, convulsivo y extraordinario, logré desprenderme de sus brazos y penetrar en la habitación donde yacía el cadáver.

Aun había lágrimas en sus ojos eternamente cerrados y aquellas lágrimas eran para mi el último legado de su amor.

Me arrodillé y las bebí con mis labios, besándolas. Apuré hasta las heces el cáliz de tan indecible amargura.

Todos los que me rodeaban, respetaron silenciosamente la magestad del dolor; tan solo el padre de María,

profundamente conmovido, intentó varias veces separarme de aquel adorable cadáver y no pudo conseguirlo.

Mis lamentos eran atroces.

En tan tremenda aflicción, heríanme terribles remordimientos.

Había muerto mi madre, la única mujer que me amaba, teniendo yo el don sobrenatural para curarla!

No me pudieron arrancar de aquella habitación, hasta que perdí el sentido, oprimiendo la boca fría que tantas veces me besó con dulcísimo cariño.

Después me encontré acostado en mi lecho: el padre de María estaba junto á mi, consolándome.

Y cuando pude recobrar el habla, le pregunté:—¿Por qué no me han llamado? ¡Qué infamia!

—Se os llamó varias veces por telégrafo: supongo que no recibísteis los despachos.

—No; me los han ocultado. ¡Qué egoismos tan inauditos! Allá en el palacio del Czar no querían que regresara.

—Acatad los designios de la providencia.

—No puedo coordinar mis ideas; este ha sido un golpe terrible. Encargaos del entierro y dejadme morir piadosamente para que me sepulten con mi madre.

—Todo está previsto. El entierro debe ser suntuoso porque hasta el gobierno se asocia á vuestro duelo, enviando representaciones.

—No quiero ver á nadie; no quiero hablar con nadie. Rechazo los honores que se hacen á la muerte,

pero no puedo más; dejadlos que hagan cuanto quieran.

En tan inmenso infortunio, cuando todos mis recuerdos y anhelos debían ser para mi madre, aun insepulta, me sentía avergonzado de pensar en María, única esperanza para poder vivir.

No me atrevía á preguntar por ella, pero su imágen venía á mi pensamiento como bálsamo consolador.

Pensé en que era un infame con olvidar siquiera momentáneamente el pesar de que estaba poseido, para acordarme de ella.

Su padre me decía con frecuencia:—pensad en Dios: todo lo puede.

—¿Por qué me repetís tanto esa frase?

—Porque de ahí solamente puede brotar la salvación vuestra.

—¿Y nada más me decís?

—¿Qué más voy á deciros?

—Bien sabeis lo que quiero preguntaros. ¿Y María?

—No pensad en ella; acordaos de vuestra madre. Cuando supe su enfermedad vine á verla y ya no me separé de su lado; sus últimas palabras fueron estas;—decid á mi hijo que ame y espere en Dios.

—Esperando estoy y no acude en mi auxilio. Muerta mi madre, María es ya el único amor que me queda sobre la tierra. Por caridad, habladme de ella; si me viera sufrir estas angustias me favorecería.

—María os ama.

—¡Cómo! Decidlo otra vez; me parece que sonrie el semblante de mi madre, en donde están las huellas de la espantosa imágen de la muerte.

— María os ama; respetad su amor.

— ¿Cuándo la veré? Perdonad mi locura.

— Ahora no podemos hablar de María. No estais tranquilo: después.

— Quiero saberlo todo; es peor la incertidumbre.

— No podeis comprender en esta situación de ánimo, todo lo que os tengo que decir.

— El afan de saberlo, me serena. Si es para mi dicha, hablad pronto, que bien la necesito, y si temeis aumentar mi desventura, ninguna ocasión como la presente, en que el dolor es tan grande que no tiene medida.

— María os ama y por vuestro amor se ha sacrificado.

— ¡Sacrificado!

— Sí: há pocos días ingresó en un

convento, para rogar á Dios os conceda la felicidad.

Todo mi sér, quedó trastornado.

Sentí en el alma, el formidable estallido de la desesperación.

Y en los escesos del delirio, dije:
—gracias Dios mío; gracias Dios misericordioso: ya he perdido el juicio.



XX

No hay línea que separe la vigilia del sueño.

Recuerdo vagamente que me sentí aletargado, sin fuerzas ni energías para moverme.

Casi sin darme cuenta pasaron algunos días; no era posible seguir viviendo por más tiempo en aquella situación tan aflictiva.

La gente continuaba reclamando mi auxilio; mis dos compañeros, la pareja de vigilancia, me defendían, primero con la muerte de mi madre, después con la enfermedad que

me tenía postrado y que no acertaban á curar.

Cada momento me se hacía la vida más insoportable; me decidí á morir porque no encontraba otro medio de salvación.

Mi madre muerta, María en un convento para siempre y yo prisionero y martirizado por mi renombre universal, me hicieron la vida aborrecible.

Decidí serenamente quitármela yo mismo, muy cerca de María, en el mismo convento, para rendir así este último sacrificio á su amor.

Y una noche, haciendo un supremo esfuerzo, me levanté de aquel lecho en donde me acompañaba la desesperación.

Allà en mis mocedades, tenía yo un cuchillo de monte para mis ca-

cerías; lo busqué y lo cogí con cariño.

Me despedí con una mirada, de todos los recuerdos que me rodeaban y sigilosamente me puse en marcha hácia el convento, que se encontraba en el mismo pueblo.

Cuando se acepta una resolución suprema, no se vacila; brotan las energías misteriosamente. Me sentía fuerte, para llegar al término fatal de la tragedia de mi vida.

Debían ser las doce de una noche oscura y silenciosa, cuando llegué á las puertas del convento: nada turbaba el reposo augusto que yo anhelaba para ejecutar mis terribles designios.

Mi espíritu penetró en aquel edificio austero, cerrado á las miserias del mundo, en busca de María; era

e último consuelo que anhelaba en tan supremo trance.

A través de una alta celosía que se alzaba en la sombra, creí ver las formas de una monja, vagamente dibujadas.

Miré atentamente y unas veces creí que era María y otras se me figuró una aparición, para presenciar mi próxima muerte.

Tuve valor para pronunciar su nombre y mi voz la llamó turbando el silencio misterioso de la noche.

Esperé con ansiedad y aquella figura permaneció inmóvil.

Todo iba á terminar pronto: llegó el instante decisivo.

Pensé matarme en la puerta del convento: así comprendería ella que inmolaba mi vida por su amor.

En el dintel y sobre la cornisa,

había una Virgen de los Dolores, alumbrada por la luz oscilante de una lámpara.

Me arrodillé ante la sagrada imagen; cogí el cuchillo para hundirlo en mis entrañas y me preparé á caer en el abismo de la eternidad.

Un sudor frío y una suprema anhelación, me negaban las fuerzas físicas que me eran necesarias para consumar mi espantosa resolución.

Estaba convulso y comprendí que si no aprovechaba los momentos, caería en tierra sin poder ejecutar tan negrísimo propósito.

Quise que mi último pensamiento fuese para María y la última mirada para aquella Virgen solitaria y dolorosa.

Y alzé mi brazo y miré á la sa-

grada imágen y vi en aquel semblante una amargura infinita y una piedad celestial.

El cuchillo cayó de mis manos; no pude herirme, porque de súbito sentí al contemplar el rostro de la Virgen, algo que penetró en mi sér, como un consuelo inefable.

— Madre mía— dije— tu que tanto sufriste, acudes en mi auxilio! ¡Benedita seas!

Porque la Virgen de los Dolores, acompaña á todos los afligidos y acude á socorrerlos en las horas infaustas de la agonía y de las aflicciones supremas, cuando la invoca el creyente.

— Amparadme— exclamé poseido de un fervor intensísimo— amparadme, Madre de la humanidad; pedid á vuestro hijo, al Divino Jesús, que

me salve de estas angustias, que son un eterno suplicio.

Y quedé orando con todo el entusiasmo de un alma que quiere salvarse.

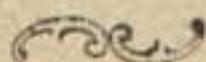
La Virgen me miraba con el cariño de las madres; la luz ténue de la lámpara resbalaba por su divino semblante y pude ver en aquellos ojos celestiales, como resplandecía la piedad dulcísima de la Madre de Dios.

En el éxtasis de que estaba poseído, ofrecí al Señor mi conformidad, mi resignación y el arrepentimiento de mis pecados.

Penetró en mi alma algo así como la luz del Paraiso que vivifica y alumbra los espíritus y senti la transfiguración del impío en creyente, desprendiéndome de las cadenas del infierno, que me tenían sugeto.

Quedé subyugado á un placer indefinible: la Virgen de los Dolores irradiaba efluvios de eterna salvación y felicidad, que yo aspiraba con todas las potencias del alma.

No sé lo que sucedió despues; cai en tierra con una embriaguez venturosa; vi ángeles que me rodeaban como heraldos de las sonrisas del cielo, vi un trono inmenso sobre el universo, en donde la Virgen santísima lucía en su manto azulado todas las constelaciones del espacio; vi la gloria de Dios con indecibles goces; y en aquel sueño arrobador, dulce, tranquilo y dichoso; envuelto en la luz fulgurante de la gloria y acariciado por querubines que entonaban himnos de redención, desperté á la vida de la realidad.



XXI

Todo había sido una terrible pesadilla, un sueño espantoso.

Al despertar, María mi buena y amante esposa, estaba apenadísima.

—¡Cuánto has sollozado! — me dijo. — ¡Qué noche tan fatigosa has sufrido! ¿Qué te sucede?

—¡Gracias á Dios ¡que despierto —le contesté; — pensé morir. ¡Qué angustia!

—Tranquilízate; en toda la noche has podido despertar; te llamaba con ansiedad, movía tu cuerpo, y tu, como aletargado, gemías.

—He soñado cosas muy horribles, María; no puedo ahora contarlas porque tengo oprimido el corazón. Abre las ventanas; necesito aire y un poco sosiego.

Y María, abrió las vidrieras de los balcones y movida de natural curiosidad, cariñosamente me dijo: —Cuéntame ese sueño que tanto te ha afligido; quiero padecer contigo ya que soy tan feliz con tu cariño.

—He soñado que Dios me concedió el don sobrenatural que le pedí de curar á los enfermos y mi ambición satisfecha me hizo muy desgraciado. ¡Qué sueño tan horrible!

—Olvida esos pensamientos que tanto te han afligido y dá gracias á Dios de que la pesadilla no haya sido una realidad.

—Tienes razón; pero no debo olvidar esa enseñanza. Como médico que soy, alguna vez he anhelado disputar sus presas á la muerte, pero ahora comprendo que todo el orbe está sugeto á la suprema sabiduría del Creador. La ignorancia quiere atentar contra ella, porque los hombres somos muy ignorantes y queremos aparecer sabios. La ambición nos ciega.

—Es verdad. ¡Cuántos pueden ser felices y su ambición los hace desgraciados!

—María; por si Dios nos concediera fruto de bendición, escucha lo que yo quiero enseñar á nuestros hijos.

La vida humilde, es vida dichosa, ordenada y tranquila, cuando el alma se resigna de buen grado á los

designios de la providencia, siempre inteligente y piadosa.

Los tiempos porque atravesamos son de lucha espantable entre los hombres, movidos por ambiciones que conducen al infortunio.

La ciencia moderna aplica sus fuerzas progresivas á las comodidades humanas, que son tan relativas como discutibles, y tiene en el más lamentable olvido el mundo del espíritu.

Penetra en todos los hogares la noticia de esos progresos materiales, que son un poderoso estímulo para la ambición y el egoismo, y no llegan las enseñanzas que libran á los espíritus de los temibles impulsos de la soberbia y de la envidia.

La lucha es terrible y espantosa en la sociedad; nadie se resigna con

la voluntad de Dios; todos se atropellan y despedazan con ese egoísmo que ofende y daña á la humanidad; parece que Cain se ha apoderado de las almas para conducir-las á la eterna condenación.

El anarquismo es la envidia, la guerra es la ambición, y lo mismo en el hogar humilde del pobre ciudadano, que en los soberbios palacios del poderoso, brota el fratricidio, rebelándose contra aquella suprema ley del amor, escrita en el Gólgota con la divina sangre de Jesús, antorcha eterna que resplandece sobre todos los siglos.

No habrá paz en el mundo, ni en las sociedades ni en las familias, sin que los hombres vivan resignados á la voluntad de Dios, renunciando á la ambición que, las más de las ve-

ces, satisfacen despedazando á sus semejantes.

Sin máquinas, sin inventos, sin los ruidosos triunfos de la ciencia puede ser feliz la humanidad, sometida al amor con que Dios redime; y frente á esa fiebre egoísta que turba las inteligencias y envenena los espíritus, hay que rendir culto á los afectos que levantan á las almas y las aproximan al bien.

Dios nos hizo libres y nosotros nos esclavizamos á las más impuras pasiones: las riquezas, los honores, las comodidades de la vida, el lujo, el culto á si mismo, todo lo que nos impulsa á sobreponernos á nuestros semejantes, dañándolos, es cadena que nos aprisiona y sepulta en las miserias terrenales.

Allá en la eterna mansión de la

justicia absoluta, habrá gozando de la bienaventuranza divina, muchos humildes, que no obtuvieron en el mundo la fama y nombradía á que aspiran tantos.

Quiero, esposa mía, que no olvides jamás estos consejos.

La civilización de nuestro siglo, enseña al obrero todas las comodidades que inventan el lujo y la opulencia, pero no infiltra en su espíritu la virtud de no ambicionarlas, para que viva feliz en la resignación.

¡Quien sabe las nuevas luchas fratricidas á que conducirá el estímulo constante de los poderosos sobre los desvalidos!

El Paraiso es paz y es gloria, por que todos los que en él penetran acatan la ley de Dios.

Diversas escuelas sociales y gran-

des talentos, se han dedicado á establecer sistemas para perpetuar el bienestar entre los hombres; todo ha sido y será inútil para conseguirlo; solamente en el Evangelio se resuelven los problemas de la humanidad.

Los que ambicionan estan perdidos: no tendrán aquel dulce reposo de las almas que se sienten satisfechas con la voluntad del Creador.

Yo soy feliz y dichoso à tu lado, María; en esta humildad en que vivimos; en esta casa pobre de los campos, junto á la vuelta de un río que murmura; con el apacible sosiego de la conciencia; gozando del aire que se respira sin impurezas y de la luz del Sol que cae de un cielo espléndido; amándonos mucho, sin envidiar lo que poseen los de-

más; lejos, muy lejos de esas luchas en que se muerden los hombres como perros rabiosos; aprovechando el día para el trabajo que ennoblece y la noche para el dulce sueño que fortifica; con flores que embellecen y perfuman esta pobre vivienda y pájaros que la alegran con sus trinos; admirando siempre el inmenso poder de Dios que en cielos y tierra se revela y resignados á su sabia y suprema voluntad, bien podemos decir que misericordiosamente nos concedió la más grande de las venturas á que pueden aspirar los mortales; paz en el espíritu y resignación voluntaria en este áspero camino de la vida.

Recibe esa enseñanza de quien tanto te ama.

María, profundamente conmovi-

da, me dió un beso dulcísimo, y sentí en el alma el placer inefable que Dios concede á los humildes en el Paraiso.

FIN